

Así pues, siendo indubitable que Jesucristo las predijo todas con una descripción tan circunstanciada, si la historia acredita que los sucesos correspondieron á las predicciones, no puede el entendimiento humano resistir á la inducción que resulta, de que el que con tanta seguridad profetizaba lo que tan exactamente se ha cumplido, veía con una luz superior á la que se ha conocido á los hombres. ¿Y qué será si á estas predicciones capitales se añaden otras muchas que por su pequeñez, su contingencia y multitud son menos susceptibles de cálculos, conjeturas ó combinaciones?

¿Si hubiera profetizado, por ejemplo, que sería vendido? ¿si hubiera expresado el precio en que debía serlo y el empleo que se haría de este dinero? ¿la distribución de sus vestidos? ¿las artes que se cobrarán sobre su túnica? ¿la hiel que se lo debía presentar? y otras mil cosas, todas menudas, que no eran regulares, que solo se ejecutaron en la muerte de Jesucristo y que se hicieron solo para que se verificasen las profecías que debían cumplirse en la muerte de Mesías. *Ut adimplerentur Scripturae*, dice un evangelista (1) y *ut adimplerentur Scripturae*, dice otro (2).

La historia cuenta que Jesucristo antes de morir había predicho á todos sus apóstoles que uno de ellos le había de entregar, que era san Pedro, le profetizó que tres veces le había de negar, añadiéndole que no obstante aquella flaqueza, su fe no faltaría, y que después de su conversión, confirmaría en ella á sus hermanos, que cubierto de lágrimas, predijo á Jerusalén, que sería destruida y arrasada hasta los cimientos, y otras mil cosas que todas eran contingentes y dependían de causas libres; cosas que podían muy bien no suceder y que no se podían conjeturar, cosas de tal especie, que siendo inciertas y debiendo estar escondidas en los arcanos de la ciencia divina, solo puede recordarse loco y temerario el que se atreviera á asegurárselas de tan lejos, y como es indisputable que Jesucristo las aseguró, ó es menester concluir que era el mas temerario de los hombres, ó es preciso examinar la historia para ver si se han cumplido con una exactitud que no deje lugar á la duda ni puedan atribuirse al acaso, porque de este modo resultaría el concepto que debe formarse del profeta.

Si la historia acredita que todas aquellas profecías, aunque tan multiplicadas, menudas y contingentes, se han cumplido con exactitud, es imposible resistir á la demostración que resulta de que aquel hombre estaba inspirado; que era un profeta verdadero, y en el caso de Jesucristo resultaría también que era el Mesías, y lo que es mas, que también era Dios. Esto es tan claro, que no es posible que un juicio fácil demostrara mirándolo por partes.

Es preciso porque no puede dejar de serlo el que predice cosas futuras que dependen de causas contingentes y libres, que están fuera de todo cálculo y combinación humana; sobre todo cuando por su muchedumbre y oscuridad no puede el buen sentido atribuírselas al acaso.

Si Jesucristo era profeta inspirado y verdadero, no podía dejar de ser el Mesías, porque decía que lo era y no podía mentar el que Dios inspiraba con una luz divina que era garante de su sinceridad; y porque prediciendo en su

(1) *Matth.* xxvi. v. 56.

(2) *Joann.* xiii. v. 18.

persona la muerte y las circunstancias de ella, que los otros profetas habían vaticinado para la muerte del Mesías, probaba con su verificación que lo era; y si había probado que era profeta por haber predicho su muerte con las circunstancias que la acompañaron, probaba también que era el Mesías, pues murió con la muerte y del modo con que esta debía morir.

Lo que es mas, también probaba que era Dios, porque no solo predice lo que solo Dios podía saber, sino que hace lo que solo Dios puede hacer. El que conoce lo mas oculto de los corazones, el que penetra las mas escondidas intenciones de los hombres y sabe lo que han de hacer antes de que ellos mismos lo sepan, y tal vez aun de ellos crean lo contrario, tiene necesariamente la luz de Dios. *Scrutans corda et renes Deus*. En fin, si se verificó todo lo que Jesucristo predice, aunque fuese tanto y tan imposible de prever, si en nada se engañó, es necesario reconocer que hablaba con el espíritu divino, y que no podía mentir en nada. Y si ha predicho también su propia resurrección, como no se puede dudar por el testimonio mismo de sus acusadores, ya tiene mucho derecho para que antes de resolver nada en nuestro juicio, esperemos seguir á ver el éxito de los sucesos.

No hay nadie que no deba suspenderse y decir: así que ha predicho tantas cosas tan oscuras y únicamente dependientes del libre albedrío de los hombres y no se ha engañado en ninguna, tampoco se ha engañado en su muerte ni en ninguna de las circunstancias que nadie podía prever. Ahora predice su resurrección. Lo menos que puede hacer es suspenderme hasta que llegue el tiempo de verificarla.

Y si por accidente llega este tiempo, vienen otros nuevos motivos poderosos que por sí solos inducen á creerla, y como es posible que esta predicción anticipada no corroborara mucho los nuevos testimonios que procuran acreditarla? Examinemos, pues, los de la historia, para ver si son conformes con las profecías, y no nos atengamos sino á los que sean tan ciertos, tan públicos y notorios, que no sea posible dudar de su autenticidad. Pero antes es preciso confesar, que si estos testimonios ajenos acreditan que resultó, como profeta, se fortalecen mucho en aquella anticipada predicción.

Después de haber examinado la disposición de Jesucristo, veamos las de los sacerdotes, escribas y fariseos; veamos la relación que hicieron los soldados destinados á guardar el sepulcro, que guardaron tan mal: la consideración de estas circunstancias puede darnos mucha luz en el examen de un hecho que es tan importante y esencial.

Se ha visto que los fariseos, los doctores de la ley, y en general cuantos componían el gran consejo, movidos por la misma pasión con que hicieron morir á Jesucristo, recordaron que sus discípulos roban el cuerpo y dijese que había resucitado. Sin diligencia con Pilatos, el ardor con que procuraron la muerte de Jesús, y los esfuerzos con que solicitaron poner una guardia para impedir la extracción del cadáver, deben persuadir que harían lo que la prudencia mas exquisita les aconsejaba, para no dar lugar á un error tan contrario á su honor, á su opinión, y que manifestaba su injusticia.

Es, pues, natural que encargasen mucho á sus soldados una custodia fiel, que no debía durar mas que tres días, y es natural que escogiesen hombres de su confianza para

que no se dejasen sobornar ni permitiesen que por descuido ó de otro modo se robase un cuerpo que tanto les importaba conservar en el sepulcro.

¿Pero qué es lo que sucede? A pesar de tanta guardia y de tantos encargos, el domingo por la mañana el cuerpo no está en el sepulcro y no se sabe lo que se ha hecho. ¿Dónde está pues? ¿Quién lo ha sacado ó cómo ha salido? Los soldados se habrán dejado ganar á fuerza de dinero. ¿Pero quién puede haberlos corrompido? No los discípulos, porque son pobres, porque están dispersos, porque el tener los ha hecho ir cada uno por su lado. ¿Cómo es posible que hombres sin medios y que con la fuga se esconden cada uno á su propio peligro, imaginasen corromper soldados encargados de la custodia por los principales de la nación, y que exponían su vida si se averiguaba su negligencia ó su traición?

Será pues que los discípulos habrán ido á robarle de mano armada y que los soldados no se habrán atrevido á oponerse. ¿Pero cómo se puede suponer que aquellos soldados sean tímidos y que los discípulos, que en la pasión y muerte de su Maestro dieron tantas pruebas de serlo, se transformen de repente en hombres tan valerosos y determinados, que emprendan á pesar de una guardia robar por fuerza un cuerpo que abandonaron de miedo cuando estaba vivo? Por otra parte, no es lo que dicen los guardias.

¿Pues qué dicen? Que los discípulos le robaron cuando ellos dormían: mala excusa y mala tropa. ¿Dónde ni en qué tiempo se ha visto que los soldados se entreguen todo el sueño sin dejar un centinela que vele y advierta? Este ha sido el primer elemento de la disciplina militar en todos los siglos y en todas las naciones; y no se puede presumir que ninguna tropa lo abandone, sobre todo la que está tan encargada de guardar un cuerpo cuya extracción se teme. Pero si á pesar de toda la inverosimilitud, estos soldados han sido capaces de tanta negligencia, ¿cómo no se ha castigado su delito? Por otra parte, yo quisiera que me explicasen cómo si estaban destinados pueden saber que son sus discípulos los que le han robado.

Todo esto es incompreensible, pero lo que me espanta mas, es que el gran consejo ó el Synedrín no procure por su propio honor y por el interés público averiguar la verdad. ¿Por qué se contenta con esta excusa tan inverosímil y miserable que nadie podrá creer? En efecto, esto mismo causa ya tanto rumor en Jerusalén, que muchos se convierten después: en un día solo éncómpil personas han creído en la resurrección y han adorado al hombre que hicieron crucificar. ¿No es tiempo de manifestar este robo y quitar todo crédito á la seducción?

¿Por qué pues no estrecha á esos soldados? ¿Por qué no les hace su proceso? Ellos están en Jerusalén; el gran consejo tiene todo el poder y autoridad, su honor está comprometido; le importa mucho castigar la negligencia ó hacerles castigar su perfidia, obligándolos á declarar quién los ha sobornado ó cómo se han dejado sorprender; esta diligencia es necesaria, tanto para justificar su conducta en la muerte de Jesucristo, como para desengañar al pueblo, que empieza á declararse abiertamente por aquel que ya ha resucitado.

Pero aun hay mas: cincuenta días después de la muerte de Jesucristo y en la fiesta llamada Pentecostés, los Apóstoles y sus discípulos se derraman por Jerusalén, y

con voz alta y á gritos publican en calles y plazas que Jesucristo ha resucitado, que ellos todos lo han visto, que se se los ha aparecido muchas veces, que han hablado con él y lo han tocado, que había subido al cielo á su vista y la de otros muchos; en fin, que les había enviado al Espíritu Santo, que estaba en ellos y con cuya virtud podían hacer y en efecto hacían milagros (1).

Parece que por lo menos ya es tiempo de que el consejo tome la mano, de que haga callar á estos atrevidos impostores que turban el pueblo y seducen á muchos simples, profanando la religión y el culto establecido. Ya es necesario manifestar que estos mismos falsarios son los que han robado el cuerpo; que los haga pues prender, y que los fuerce á decir la verdad; que los conforme con los soldados, que haga también prender á Nicodemo y Joseph de Arimathea para que declaren qué es lo que han hecho de aquel cuerpo, y que en fin, la impostura sea conocida y descubierta. Estas son las diligencias ordinarias para comprobar los delitos y reconocer los delincuentes.

Lo singular es, que el consejo, tan ardiente en la muerte de Jesucristo, tan activo y solícito en la colocación de la guardia, no hizo nada de esto, y se contenta con llamar á los apóstoles para intimarles que no vuelvan á predicar en nombre de Jesucristo, amenazándoles con castigos en el caso que reincidan; y lo que hay de mas extraordinario es, que ni siquiera entonces se atrevió á acusarlos de haber robado el cuerpo mientras los guardias dormían.

Es claro, pues, que su política considero necesario echar tierra á este asunto, y que lo mas prudente era dejarlo caer, porque no sería posible persuadir á nadie que los discípulos habían robado el cuerpo. En efecto, ¿quién podía creer que esos hombres tan pobres, tan tímidos y tan pocos, se hubiesen unido para empresa tan difícil como levantar una piedra, romper un sello y arrancar del sepulcro un sédáver á vista de una guardia escogida, encargada y puesta de propósito contra ellos mismos?

¿Qué apariencia había de que los soldados se entregasen tanto al sueño, que los discípulos pudiesen tranquilamente y sin temor de que alguno despertara, tomarse tanto tiempo como era necesario para una operación tan larga y laboriosa, para una operación que no solo pedía espacio y libertad, sino que no se podía hacer sin ruido, pues era menester levantar una piedra enorme, romper el sello, deslizar el cuerpo, quitarse el sudario y todo el lienzo de que estaba cubierto, según consta de la uniforme relación del hecho?

Ya hemos visto la conducta de los judíos; veamos ahora la de los apóstoles. Estos dijeron unánimes que habían visto y hablado al mismo Jesús que fué crucificado. Yo quiero suponer que esta aserción, aunque tan unánime, fué mentira; pero para suponerlo es menester suponer también que se concertaron entre sí, porque sin un concierto precedente, era imposible estar tan concordados, y el engaño presente se desharría por su discordia. Unos dirían que sí, otros que no; uno que se apareció á muchos, otros que á pocos ó á uno solo, y el tercero que á ninguno. Unos lo contarían de una manera, otros de otra; y si había entre ellos alguno que fuese sincero y de buena fe, diría que no había visto nada. Es pues indispensable suponer que mu-

(1) Véanse los Act. Apost. II, 30.

toda especie de lenguas y eran entendidos de todos. Me parece que esto era indispensable, pues de otro modo sería imposible que hubiera tantas conversaciones. Por otra parte, las conversiones son ciertas y evidentes, pues con estos primeros convertidos se formó la primera Iglesia de Jerusalén y las que después se formaron en los demás países, cuya sucesión viene hasta nosotros. Así estos hechos evidentes comprueban la inspiración de los apóstoles y si este milagro es verdadero, todos lo son, porque están enlazados entre sí. Pero yo no quiero por ahora valerme del Evangelio para nada; después hablaremos de su autoridad. Mi designio en este momento es no servirme más que de hechos indubitables y notorios, de hechos que no se puedan negar y cuyo testimonio sea tan evidente que no se pueda resistir á la prueba que producen.

Los mismos hechos pues á que me atengo por ahora son, que los apóstoles, los discípulos y aun las mujeres predicaron que habían visto la resurrección y la ascension de Jesucristo. Me parece haber manifestado la imposibilidad de que tantas personas pudiesen concertarse para inventar y sostener esto, si no fuera cierto, y probólo por razones sacadas de la naturaleza de las cosas; ahora la voy á probar por otras sacadas de la naturaleza y calidad de los testigos.

¿Quiénes son estos testigos? Ya hemos dicho que eran hombres simples, pescadores groseros, sin ingenio ni talento, sin uso del mundo, sin amigos ni protectores que puedan sostenerlos. No es, pues, posible suponerlos ni la nulidad necesaria para urdir una invencion tan monstruosa, ni la industria y artificio que sería menester para persuadirlos, ni los medios oportunos para llevarla al cabo; sobre todo si se reflexiona que lo que decían era contra los hombres más poderosos del Estado, que tenían muchos medios de reprimirlos, de desengañar al pueblo y demostrar su falsedad.

¿Qué mas eran? Hombres que no habían recibido instrucciones sino de Jesucristo, el enemigo mayor de la mentira; por consiguiente, que no podían ignorar que su Maestro desaprobaba su conducta si no era sincera. Por otra parte, eran hombres de virtudes eminentes y conformes en todo á los documentos que les había dejado. ¿Cómo, pues, es posible que los que le obedecen en todo le falten en este solo punto? Su virtud era tan conocida como respetada, sus mayores enemigos, los mismos que los aprisionaban y azotaban, jamás pudieran acusarlos del menor delito. Por el contrario, habían adquirido su valor, su celo, su desinterés y otras mil virtudes que les ceptaron en efecto la reuencion pública y contentaron mucho á multiplicar las conversiones que hicieron.

No es pues imposible imaginar que hombres tan desinteresados y virtuosos hayan querido deshonrar á Jesucristo por servirle; que los que sacrificaban no solo sus propios intereses, sino su tranquilidad y su vida por ser títulos á los demás, quisieran deshonrarse á sí mismos exponiéndose á ser descubiertos como autores ó cómplices de una iniquidad. Su razon, su propio interés, la inocencia de su vida, todo en fin, resistió á la idea de que hayan querido engañar.

¿Pero no podían estar engañados ellos mismos? No, no lo podían estar, y ve aquí los motivos. Es muy fácil concebir que un hombre de juicio y virtud pueda engañarse cuando se trata de un dogma, de una opinion ó de una doctrina; porque el entendimiento, único juez de todas las ideas especulativas, no tiene siempre todas las nociones ne-

cesarias para discernir bien lo verdadero de lo falso, y con una sola que lo falte ó mas sola que no sea bien, puede fácilmente formar un juicio errado y engañarse.

Pero cuando se trata de hechos palpables y sujetos á los sentidos, cuando se trata de cosas públicas y circunstanciadas que acaecieron en tal tiempo y tal lugar, de cosas que han sido vistas por muchos y que todos las han visto del mismo modo, es imposible que se engañen todos.

Aplicámoslos estos principios de verdad eterna á los apóstoles y demás discípulos. Lo que estos dicen únicamente es, que han visto á Jesucristo resucitado y que le vieron subir al cielo. Ve aquí hechos simples, desnudos y sujetos á los sentidos. Aquí no hay ideas, especulaciones ni dogmas, todo es sensible y palpable. ¿Cómo pues pudieron engañarse? Ellos conocían muy bien á Jesucristo, pues vivieron familiarmente con él mucho tiempo. Jesucristo fué condenado por el Sinedrín, fué elevado en una cruz, este suplicio le dejó señaladas diversas cicatrices, su suplicio fué público, su muerte notoria, y no solo fué muerto, sino tambien embalsamado y enterrado.

Este es el hombre de que hablan los apóstoles, y dicen: Jesucristo, que ha sido muerto y enterrado y que nos ha prometido que resucitaría, ha resucitado en efecto, porque se nos ha aparecido muchas veces, y no solo ha concurrido con nosotros, sino tambien ha comido, y hemos tocado y palpado sus cicatrices, y además nos ha dado diversas instrucciones. Al principio no lo podíamos creer; pero al fin nos hemos visto forzados á rendirnos al repetido y constante testimonio de nuestros ojos y nuestros oidos. Es imposible engañarse en estos hechos, como es imposible engañarse cuando se ve que un muerto ya corrompido resucita; porque los sentidos bastan para asegurar lo que es palpable.

Añadamos que estos testigos no eran crédulos. Jesucristo les apareció estando todos juntos, excepto Tomás (1). Aunque las puertas estaban cerradas, entró, se les presenta delante y los saludó. Ellos se asombraron; pero lejos de creer la verdad, imaginan que es una ilusion, un fantasma, y es menester que Jesucristo los asegure, y que para persuadirles haga que le toquen y palpén, con el fin de mostrarles que tiene huesos y carne y que no es un fantasma. Para darlos mas pruebas de que está vivo, come y bebe en su presencia; y todo esto fué menester para persuadirlos.

La misma dificultad aparece en la conducta de Tomás. Esto viene después que Jesucristo ha desaparecido, los otros le cuentan lo que ha pasado, Tomás no cree nada, y á pesar del unánime testimonio de todos que le aseguran haberle visto y haber conversado con su Maestro, Tomás concluye que no lo creerá si no lo ve. Jesús quiere convencerle, y en otra aparicion en que él se encuentra, le increpa su incredulidad y le manda poner la mano en sus llagas (2). Tomás lo hace, y no pudiendo resistir á la evidencia de esta prueba, se arroja á sus pies y le adora como á su Dios. Jesús le dice: Tú has creído porque has visto; bienaventurados los que no vieron y creyeron. ¿Se puede decir que testigos de esta especie son crédulos?

Pues bien, estos testigos tan incrédulos al principio, cre-

(1) Luc. xxiv, 39.

(2) Joann. xx, 24 hasta el fin.

ieron después con tanta fuerza y firmeza, que siendo de la mas baja extraccion del pueblo, se atrevieron á improperear á los primeros del Estado el delito de haber dado la muerte á Jesucristo, y no solo publicaron á todo riesgo su resurrección y su ascension, sino que consignaron estos hechos en libros escritos para instruir á la posteridad. ¿Pero qué libros? Es imposible leer el Nuevo Testamento sin admirar el carácter de verdad, de originalidad y grandeza que se descubren en el libro único, inimitable y sublime que manifiesta en sí mismo que no es obra de hombres.

La elevacion de sus pensamientos, la majestosa simplicidad de su expresion, la novedad y pureza de su doctrina, la importancia y la universalidad del corto número de sus preceptos, su admirable proporcion con la naturaleza y las necesidades del hombre, la ardiente caridad que con tanta generosidad promueve, y en fin, el sentido misterioso y verdaderamente teológico que, sus atributos y perfecciones que no se hallan en ninguna produccion del espíritu humano.

Añadid el candor, la ingenuidad, la modestia, ó por mejor decir, la profunda humildad de sus autores, el claro perpetuo de sí mismos, la noble simplicidad que no les permite hacer la menor reflexion ni el elogio mas breve de las acciones de su Maestro, la sencillez con que refieren las cosas mas grandes sin mostrar el mas ligero designio de excitar la admiracion ni otra solicitud que la de destruir y mejorar; todo, en fin, manifiesta que estos escritores no se propusieron mas que enseñar á los hombres lo que era esencial á su felicidad.

Tan llenos están de este espíritu, tan lejos de sí mismos, que cuando exponen las mas importantes verdades, olvidan todos los adornos, su estilo es el mas sencillo. Por ejemplo el leproso extendió su mano y se halló sano... El enfermo cargó su lecho y se puso á andar.... Sin duda que este es el verdadero sublime, porque cuando se habla de Dios, no se puede decir mejor sino que manda y que la cosa es hecha; pero este sublime no es estudiado ni nace del arte, sino del objeto; es sublime porque el hecho lo es; el escritor no podía dejar de expresarle como era.

Pero lo mas singular de todo es, que estos mismos hombres que fueron los escritores de aquel libro y los testigos de los hechos y prodigios que contiene, hacian ellos mismos otros prodigios iguales; ellos tambien decian á un paralítico: Levántate y anda, y el paralítico se levantaba y andaba. Á pesar de un poder tan sobrenatural, no solo desprecia el aplauso de los pueblos, sino que les explica positivamente que no son ellos los que ejecutan (1). Uno de ellos les dice: ¿Por qué os asombráis de esto? ¿por qué nos miráis con admiración? como si hubiéramos hecho marchar á este hombre por nuestro propio poder ó virtud, cuando es por la de Jesucristo. ¿Qué corazon sensible puede ver tanta sinceridad y desinterés sin sentirse conmovido? y qué hombres de esta especie no son buenos para testigos? ¿quién se atreverá á recusarlos? ¿quién podrá imaginarse que sean capaces de mentiras monstruosas?

No olvidemos tampoco que cuanto contiene este libro admirable ha sido compuesto y publicado poco después de los sucesos; y aquí quisiera haceros una reflexion. ¿Quién puede imaginar que nadie se atreva á escribir y dar á leer

á sus contemporáneos unos hechos de que ellos deben ser tambien testigos, si no fueran ciertos? Y cuando esta presuncion no fuera tan fuerte, á lo menos se debe creer que si no fuesen conformes á la mas exacta verdad, los autores procurarian no individualizarlos mucho, porque cada circunstancia añadiría un medio de descubrir la falsedad.

Pero observad el Evangelio: todo está circunstanciado; los nombres de las personas, su calidad, su oficio, su habitacion, sus enfermedades, los lugares, los tiempos y otras mil cosas menudas que determinan el hecho de la manera mas precisa, de modo que cada uno conoce que si se hubiera hallado en el sitio y en el tiempo en que pasó el suceso, le hubiera sido fácil examinarle. Sus autores tienen enemigos que han mostrado un gran deseo de desmentirlos, y ninguno se atrevió á negar la verdad de los hechos; solo procura desdichados atribuyéndolos á la infamia, lo que en cierta manera es confesarlos.

Y no se puede decir que quiz á los antiguos los negaron y escribieron contra ellos, y que han podido perderse estos escritores, porque hoy existe una nacion entera que descendiendo sin interrupcion de los enemigos de Jesucristo, que ha recibido en herencia su odio y sus opiniones, que conserva escrupulosamente las tradiciones y escritos de aquel tiempo. Es constante que tambien conservan éstos sí los hubieran; el interés de los padres era producirlos y el de los descendientes conservarlos. Pues los apóstoles acusaron á sus magistrados de haber crucificado á su Mesías, ¿con qué facilidad los que tenian el gobierno en la mano hubieran podido confundirlos con qué solicitud sus historiadores los hubieran denunciado á la posteridad! Pero lejos de esto, ellos callaron y se multiplicaban los convertidos cada día.

Tampoco puede atribuirse el silencio de los magistrados á desprecio ó indiferencia; pues siempre que imaginaban poder encontrar medio para descubrirlos, se aplicaban practicamente todo cuanto podian para descubrirlos. Su desgracia era, que como todo era cierto, á pesar de sus esfuerzos no pudieron hallar la menor falta; las informaciones que hacian, se volvian contra ellos y quedaban avergonzados. Podria producir mil ejemplos; me contentaré con el del ojo de nacimiento.

Apenas los apóstoles empezaron á predicar la resurrección, cuando los jueces les hacen comparecer en los tribunales (1). Los examinan, y ellos repiten lo que habian dicho al pueblo; les amenazan y les mandan guardar silencio. En efecto, al entrar en el templo dos de ellos curan á un hombre que nació estropeado: el tribunal lo sabe, en el punto los hace comparecer: les pregunta ¿con qué virtud y en qué nombre han hecho aquella cura? Los reos responden: gefes del pueblo, pues nos hacéis comparecer por haber hecho bien á un hombre miserable, y pues nos preguntáis en qué nombre lo hemos hecho, sabed, ¡oh jueces! y sepa tambien todo el pueblo, que lo hemos curado en nombre de Jesús, á quien vosotros habéis crucificado.

¿Quién no se asombra de ver á dos pescadores que puestos en juicio, lejos de captar la benevolencia de los jueces, empiezan por darles en cara con un dicho atroz, y araban por confirmarlos el hecho que mas les indigna! Y de es-

(1) Act. III, 10, 12.

(1) Act. v, 1.

te lanes solo resulta un raciocinio tan simple como convincente: si el Crucificado lo ha sido justamente, si no es cierto que haya resucitado, y si el milagro de la cura tampoco es cierto, los magistrados deben estar seguros de todas estas falsedades, pueden dar las pruebas de todo, y deben justificar, manifestar la malicia de los apóstoles y castigarla. Esto es natural, pero no es lo que hicieron. Sigamos la historia.

Cuando los gefes del pueblo vieron la osadía de estos dos discípulos, que supieron serlo del Crucificado, y que eran hombres sin letras y del comun del pueblo, quedaron atónitos; pero como veían tambien allí al que quedó curado, no podían decir nada. Al fin los mandan salir del consejo para consultar entre sí; despues los vuelven á hacer entrar, y les prohiben con amenazas hablar sin enseñar en nombre del Crucificado.

¿Quién podía esperar esta conclusion? ¿Qué atos señadores, tan enemigos de los discípulos y tan irritados no se atrevían ni á desmentirlos ni á castigarlos? ¿Los discípulos son impostores, atestiguan una resurreccion falsa, acreditan un milagro que no han hecho, lo atribuyen á un malhechor que ellos han condenado, les hablan con firmeza, y ellos se contentan con repetirles una vana prohibicion de predicar? Los jueces confiesan, pues, que el milagro del cojo es cierto; y pues se hizo en nombre de Jesucristo, tambien lo es que éste ha resucitado; por lo menos es evidente que lejos que prueben lo contrario, confiesan tácitamente la resurreccion.

¿Qué se puede inferir de una conducta tan estrafalza? Que los jueces no se atrevieron á proceder contra los apóstoles, á pesar del modo con que éstos los trataban, porque los hechos eran tan notorios y públicos, que no hubieran hallado creencia en el pueblo. Se dice que solo aquel milagro convirtió cinco mil personas (1), y es muy creíble. Por eso los jueces no se atrevieron á condenarlos ni á negar el hecho; pero intentaron desacreditarlo, atribuyéndole arte magia.

Cuando jueces que tienen en su mano todo el poder y autoridad para probar la falsedad de un hecho, se ven reducidos á la necesidad de decir que se hace por magia, no pueden confiar mas claramente su verdad.

No acabaría, señor, si quisiera exponeros todos los ejemplos de esta naturaleza. Solo os pido que hagais una reflexion, y es que el milagro de la resurreccion, que tanto aseguran estos testigos, es un establon de la cadena con que se eslabonan los que precedieron, y otros muchos que se hicieron despues, tales como la ascension del Señor y la venida del Espíritu Santo. Todos estos milagros están encadenados entre sí, y componen un total ó conjunto tan seguido, que unos dependen de otros y todos se sostienen entre sí.

Porque si es cierto que los apóstoles tuvieron el don de lenguas, y que por eso pudieron convertir á judíos de diversas naciones, tambien lo es que Jesucristo ha resucitado. Si está probado que Jesucristo hizo milagros en su vida, y que profetizó su resurreccion, no puede quedar duda de que resucitó. Con una de estas cosas que se pruebe, todas las demas quedan probadas. Véamos, pues, lo que añaden de nuevo estos testigos.

Dicen que despues de haber visto á Jesucristo resucita-

(1) *Actos*, IV, 4.

do, despues de haber conversado con él muchas veces, lo vieron subir al cielo. Y para probar este nuevo milagro, presentan otros muchos testigos que lo fueron de este hecho sin haberlo sido del otro, de modo que la resurreccion adquiere un mayor grado de seguridad y certidumbre por este grande y numeroso concurso de testigos que vieron la ascension; y esta es otra infalible prueba de la resurreccion, como ella lo es de todos los demas milagros y maravillas de su vida.

El hecho es que los apóstoles, los discípulos comoda por tales, las mugeres y otros muchos que se agregaron de nuevo, hasta el número de quinientos, dijeron (1). Que todos á tal hora, tal día y en tal lugar, habian visto subir al cielo á Jesucristo, despues de haberse despedido de ellos. Todos repitieron lo que les habia dicho, y refirieron todas las circunstancias del hecho sin discrepar en nada. Supuesta esta relacion uniforme, ó el hecho es cierto, ó todos son impostores, porque es imposible imaginar que haya podido engañarse. Todos conocian á Jesucristo, el hecho sucede cuarenta dias despues de la resurreccion, que habia dado gran motivo á hablar y estar informados de todo, y tuvieron tiempo y medios para reflexionarlo bien.

Por otra parte, el hecho sucede al mediodía. El sol alumbraba cuando dicen que Jesucristo subió al cielo. ¿Cómo, pues, es posible concebir, que tanta multitud haya podido engañarse? ¿que todos hayan podido creer que veían en el mismo instante el mismo objeto y del mismo modo si ninguno viese nada? Reflexionad que esta no es una imágen rápida ni una aparicion muda. Jesucristo les habla, les da preceptos, les manda que no se alejen de Jerusalem hasta que hayan recibido el Espíritu Santo; les hace promesas, y promesas tan altas, que no pueden venir sino de Dios: pues les promete que ellos las asistirá y estará con ellos hasta el fin de los siglos; y por último, les manda que bauticen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ve aquí lo que cuentan unánimes todos los testigos; y aquí no cabe engaño. O dicen la verdad, ó mientan; ó es una conjuracion ó una realidad; y si es mentira, caemos con mas fuertes razones en los mismos inconvenientes que hemos visto, para probar la imposibilidad de que los apóstoles pudiesen concertarse en fingir el hecho de que los apóstoles digan con mas fuertes razones, porque el número de testigos es mucho mayor, y las dificultades del concepto, tanto como los peligros de su descubrimiento, crecen en razon de su número. Uno solo que sea infiel ó fingido los desconcerta á todos; y si aquella imputacion nos pareció imposible, esta debe serlo mucho mas.

Porque, en fin, en la resurreccion no habian mas que los apóstoles y otros pocos que lo decían, y todo se quedaba entre ellos; pero que se me diga: cómo, ó en virtud de cuál encanto han podido hacer ver y oír á otros muchos lo que en efecto no veían ni oían? ¿Con qué máquina han podido subir la figura de un hombre al cielo? ¿Con qué prestigio han hecho aparecer dos hombres vestidos de blanco, que les dicen: Galileos, el mismo Jesucristo que ahora veis subir, un día le vereis bajar? ¿Con qué virtud secreta han podido grabar en la memoria, de todos las palabras que dicen haber oído, la promesa de enviárselos el Espíritu Santo, y todas las demas.

(1) *1. Corinth. XV, 6, Actos*, I, 9, et 10.

Pero si esto no basta, leed las primeras cartas que escribieron á las iglesias que fundaron, y decidme, si os parece, que la sublimidad de aquel estilo, la profundidad de aquella doctrina, la elevacion de aquellos pensamientos, puede ser obra de groseros y de ignorantes. ¿Quién, pues, les ha dado de repente tanto saber y tanta riqueza de ideas y expresiones? Y no me digais que han podido escribir despues por otros sabios; porque es indubitable que ellos mismos las escribieron, y que se conservan tales como las escribieron, sin la menor alteracion.

La prueba es incontestable, pues no puede dudarse que ellos remitieron estas cartas á las iglesias á quienes las escribieron, y que éstas, llenas de respeto, las leían continuamente en comun; que remitían copias á las iglesias con quienes estaban en correspondencia, para que se aprochasen de su lectura, y que unas y otras guardaban los originales y las copias con un respeto religioso, como un depósito sagrado. La confoncion que se ha hecho despues de unas tender la virtud? Hay en todos estos raciocinios un tal complejo de absurdo y contradicciones, que desde luego saltan á la vista.

La verdad es que no cabe en el corazon del hombre poder su libertad, su reposo, sus amigos y la vida, por sostener una mentira en que no tiene interes, y menos en sostenerla con tanta firmeza. El que se reconoce impostor se siente abrumado con su conciencia, desde que se acerca el peligro tiembla, y el mas atrevido cuando se ve delante de la autoridad que lo estrecha y del riesgo que lo amenaza, se acobarda. Así son los hombres por lo comun; uno solo que no fuera así, sería un fenómeno: ¿qué serían, pues, muchos á un tiempo y por la misma causa?

Pero lo que da el último grado de evidencias, es la venida del Espíritu Santo, pues con ella Jesucristo cumplió su promesa y los apóstoles recibieron muchos dones, todos grandes y sobrenaturales: tales fueron los de ciencia, de lenguas, de hacer milagros, con la facultad de comunicar á otros este mismo poder.

Que los apóstoles hayan recibido estos dones, es una cosa evidente y que resulta de los mismos hechos, que son notorios, probados y subsistentes; si no, considerémoslo separadamente. No se puede negar que recibieron el don de lenguas; pues de otro modo, ¿cómo hubieran podido convertir á tantos extranjeros de idiomas diferentes, que habian venido á celebrar la Pascua en Jerusalem? En solo un día convirtieron cinco mil, en otro tres mil. La conversion de estos judíos es indubitable, pues con ellos se formaron las primeras iglesias, de quienes se han formado despues las nuestras, y toda la historia atestigua la formacion de estas iglesias antiguas, de que los apóstoles fueron los primeros pastores.

El don de la ciencia no es menos evidente, pues ya sabemos lo que eran los apóstoles en tiempo de la vida y de la muerte de Jesucristo, pescadores ignorantes y groseros, tímidos que lo abandonaron, estúpidos que no lo entendían; pero observados ahora despues de la muerte de Jesús y cuando el Espíritu Santo ha venido ya sobre ellos. ¿Acaso estos hombres parecen los mismos? Ni les queda rastro de lo que fueron. ¡Qué valor! ¡qué intrepidez! pero tambien ¡qué ilustracion! qué cloencial! Y por ventura, sin tenerla les hubiera sido posible convertir á tantos millares, á pesar de la resistencia y autoridad de los principales de aquel pueblo?

En cuanto al don de hacer milagros, no es menos evidente, y lo prueba tambien la misma serie de los hechos, pues es constante que los apóstoles no pudieron vencer la obstinacion de tantos judíos, ni hacerles creer cosa tan inverosímil y extraordinaria como la resurreccion y ascension de Jesucristo, sino á fuerza de milagros: ya hemos visto el cojo de nacimiento. La historia cuenta otros muchos, y es preciso que sean verdaderos, porque sin ellos no se puede concebir cómo unos pobres hombres pudieron hacer tantas conversiones.

Tambien es preciso que sea cierto lo que cuenta la historia, de que estos mismos apóstoles podían comunicar y comunicaban en efecto, el don de hacer milagros á los que creían en Jesucristo. Cuenta que así lo hicieron con Cornelio el centurion y con otros muchos; añade que estos dones fueron tantos, y se hicieron tan comunes, que Simon el Mago quiso comprarlos con dinero. Esto es bien extraordinario, pero no puede dejar de ser cierto; porque los milagros á quienes lo decían los apóstoles, lo creían, señal segura de que lo creían es se verificaban en ellos mismos; y la prueba de que lo creían es que se convertían y adoraban á Jesucristo, pues ellas fueron los gefes que formaron las primeras iglesias.

De aquí resultan varias reflexiones. Ya hemos visto lo absurdo que sería imaginar que los apóstoles, que ya conocemos por hombres desinteresados y virtuosos, se atreviesen á testificar los milagros de Jesucristo si no los hubieran visto. ¿Pero cuán absurdo sería imaginar que se atreviesen á decir no solo que los vieron, sino que ellos tambien podían hacer otros semejantes, y lo que es mas, que podían comunicar este mismo poder á otros, si no estuvieran en estado de verificarlo? Para llegar á este estremo de arrojo y temeridad, es menester un grado de demencia que no es posible concebir; y cuando esto fuera posible, no se concebiría jamás cómo hombres tan locos y lieros hubieran podido convertir á tantos.

El hecho indubitable y de que es imposible dudar, es que convirtieron una gran muchedumbre, pues no es posible que convirtieron muchas y numerosas iglesias. Y ble dudar que fundaron muchas y numerosas iglesias. De este hecho solo resultan como consecuencias necesarias, á que persuadieron la verdad de los milagros de Jesucristo,

que persuadieron la verdad de los milagros de Jesucristo,

contando los de su resurrección y su ascensión; que si prometían hacer milagros, los habían en efecto; que si decían que podían comunicar el mismo don, lo comunicaron en realidad á muchos de los que habían perecido; pues habiéndolo prometido, los que los escuchaban no hubieran podido estinguirlos ni respetarlos si no los hubieran visto cumplir las promesas, ni hubieran querido convertirse. Si la verdad de los hechos puede explicar sus conversiones; y pues no puede negarse que se convirtieron, respecto de que fueron los primeros cristianos nuestros padres, resulta por una convicción irresistible, que los hechos fueron verdaderos.

En efecto, señor, supuesta esta verdad, ved los grados de evidencia á que podía subir la convicción de los apóstoles. Primero: Jesús hijo de María dijo que era el Mesías, y para probarlo ha hecho cosas que no pueden dejar de ser milagros, tales como resucitarse á sí mismo; y nosotros todos lo hemos visto. Segundo: el mismo Jesús nos ha comunicado el poder de hacer milagros iguales, y nosotros los hacemos. Tercero: también nos ha dado el poder de comunicárselo á otros, como en efecto los hacen. El primer grado de evidencia es ya fuerte, porque es mucho escuchar testigos de esta clase, que dicen haber visto los milagros de Jesucristo y que los sostienen en medio de los tormentos. Mucho más es oír y ver que ellos lo hacen; pero cuánto más es ver que pueden comunicar este poder, y lo comunicaron á los que creen en Jesucristo? Parece que esto es el último grado de la evidencia, y que es preciso rendirse á tanta demostración.

Me sería muy fácil, señor, multiplicar las pruebas, para haceros ver por distintos medios la incontrastable verdad de estos milagros, porque fueron notorios, hechos en presencia de muchos testigos; y su fruto está á la vista en el establecimiento y extensión de la Iglesia. Parece que la Providencia quiso que no quedase duda en la verdad de estos hechos, y que fuesen tan ciertos como palpables, á fin de que un buen juicio bastara para percibirlos y asegurarse de ellos.

Tened presente que no hay en la historia profana un hecho tan constante ni tan probado como el de la resurrección de Jesucristo, y éste prueba todos los demás: que el Evangelio, sin considerarle mas que como una historia humana, es mas digno de fe que todas las demas, porque no hay ninguna que tenga á su favor, ni tantos autores coetáneos, ni tantos monumentos subsistentes que comprueben los hechos que refiere; que este libro fué escrito en tiempo en que vivían los testigos, y que no era posible se escribiesen cosas que no fuesen ciertas, y de que sus enemigos se hubieran servido para descreditarle; que San Pablo, hablando de la resurrección, escribía que todavía existían muchas de las quinientas personas que lo habían visto; que San Juan, en su primera carta empieza diciendo: Que va á escribir lo que sus ojos han visto y lo que sus manos han tocado; que todos los demás autores, fueron, no solo testigos, sino instrumentos de lo que relatan; y que la fuerza de estos testimonios en tiempo en que los hechos estaban recientes, obligó á muchos millones de personas, no solo á someterse á su verdad, sino á practicar una religión anstera.

Me pesa mucho que me haya sido preciso para obedeceros tratar este punto solo, desmenuzándolo de todos los otros que encuadernan el admirable edificio de la religión; porque si

os la hubiera podido mostrar en grande, fijando vuestra vista en la inmensa extensión de todo su plan, hubierais visto que viene de Dios, y que todos sus monumentos, desde el instante de la creación, están encadenados entre sí y vienen á terminar en Jesucristo, sin que sea posible encontrar una línea de división. Señor, ¿qué designio tan grandioso qué obra tan majestuosa!

Apenas peca el hombre, cuando Dios le castiga; pero le promete un libertador, renueva esta promesa á Abrahán, á Isaac y Jacob; á este último le añade que saldrá de la raza de su hijo Judá; empieza á cumplir su promesa, y escoge al pueblo hebreo para que sea depositario de ella; suscita á Moisés para que le sirva de caudillo, y esto prueba su misión con milagros tan estupendos y tan públicos, que aquel pueblo, aunque indócil y perturbador, se le somete; le sostiene con la esperanza del Mesías, y promete conducirlo á la tierra que Dios le había destinado.

Los monumentos de este milagro existen hoy en los ritos y en la Sinagoga de los judíos; Dios los conserva para que nos sirvan de testigos. Llegan los hebreos á la tierra prometida, adoran al Dios de Moisés; pero el principal fondo de su religión es la esperanza de este libertador. Sus deseos religiosos y sus ruegos se dirigen al cielo para que cuanto antes envíe al que llaman deseado de las naciones. De tiempo en tiempo vienen profetas que renuevan la memoria de este Mesías; unos le describen, otros fijan el tiempo en que debe llegar, y todos tienen el mismo anhelo.

Cómplese por fin el tiempo en que Daniel había predicho la llegada de este enviado. Los judíos le aguardan con tanta ansia, que se engañan y toman partido por otros que no lo eran; pero entonces nace Jesús, hijo de María, y nace en Belén, donde otros profetas habían dicho que debía nacer. Nace pobre y vive oscuro, sin pensar mas que en prepararse á su misión; aguarda la edad de treinta años fijada por la ley para poder predicar; desde que la cumple corre los lugares y aldeas de la Judea, predica un Evangelio nuevo, descubre verdades divinas hasta entonces ignoradas, exhorta á una moral pura, superior á cuanto los hombres habían enseñado; pero moral severa, que si era conforme á la razón sana, era contraria á la naturaleza perversita y debía excitar su repugnancia.

A pesar de su pobreza, de su oscuridad, y de la austeridad de su doctrina, el pueblo le ve una majestad tan respetable, y le observa virtudes tan sublimes, que se siente forzado á escucharle con veneración y deferencia. Le discurren tantos beneficios, en su favor hace tantos milagros, que por sí mismo advivia que es el Mesías. ¿Y cómo podía dejar de advertirlo, pues le ve mandar á los elementos, multiplicar los panes y resucitar los muertos? ¿Quién, si no el Mesías? ¿Qué otro que el libertador que esperaba podía ejecutar tantos prodigios?

Los sacerdotes y doctores, envidiosos de tanto aplauso recelan que quiere destruir la ley de Moisés y descreditársela. Jesús les dice: Si no creéis mis palabras, creed en mis obras; pero ellos no creen nada, sus pasiones los ciegan. Cuanto más le veneran los pueblos, se irritan mas los gefes; lo prenden, lo examinan y le preguntan quién es; él lo dice, y su respuesta les parece blasfemia; buscan testigos falsos que lo acusen sobre un equívoco, y sin mas examen le condenan.

Para obtener la excusión le conducen á un tribunal

superior y extranjero; allí se le vuelve á preguntar de nuevo, y él vuelve á responder casi lo mismo: el juez reconoce su inocencia y lo quiere librar; pero los magistrados que lo han sentenciado, persisten en pedir su muerte, intimidan al juez, y este lo abandona; entonces le crucifican y enterran; los mismos magistrados sellan su sepulcro y ponen soldados para custodiarlo; pero á pesar de esto tan activo y de la vigilancia tan interesada, el cuerpo no parece ni se sabe dónde está; los guardias se disolpense, dicen que se durmieron; y que sus discípulos le robaron; pero estos aseguran que Jesucristo resucitó, que se les ha aparecido y que ha hablado con ellos.

En efecto, estos pobres pescadores ignorantes y tímidos, que abandonaron á su Maestro, como parecía increíble, poco despues de su muerte con un valor heroico cuentan á todos una historia tan prodigiosa como parecia increíble. Dicen que Jesús, despues de haber sido crucificado, se les ha aparecido en diferentes ocasiones, unas veces estando juntos y otras estando separados; que han comido y bebido con él y que le ha instruido de muchas cosas; que al cabo de cuarenta dias lo llevó al monte de las Olivas, y que allí en su presencia y la de otros muchos se despidió de todos, diciéndoles que no se les volvería á aparecer, pero que presto los enviará su Espíritu.

Que en efecto, le vieron subir al cielo, y pocos dias despues, estando juntos en oración, descendió sobre ellos el Espíritu Santo; que este les comunicó el don de lenguas, lo que los probaban hablando y entendiendo los diferentes idiomas de los que se estaban entonces en Jerusalem; el de hacer milagros, y lo probaban haciendo muchos; y en fin, el de poder comunicar este don á otros, como en efecto le comunicaban.

Los magistrados, instruidos de estos discursos y queriendo atajarlos, los citan á su tribunal y examinan los hechos. Los reos, lejos de intimidarse, les improprian en presencia de todos el enorme delito de haber hecho crucificar al Mesías que les enseñado. Los magistrados no los castigan, y es porque no se atreven, pues ven que el pueblo está por ellos á causa de los milagros que hacen, y se contentan con mandarlos que no prediquen en el nombre de Jesús.

Pero á pesar de sus amenazas, los discípulos continuán sus exhortaciones repiten los mismos hechos y los comprueban con nuevos milagros, que aumentan y multiplican las conversiones. Para asegurar la comunión y el fermento del pueblo, se toman medidas mas activas: se manda prender á los discípulos y encerrarlos en una cárcel; pero el angel del Señor los saca de ella, y este nuevo prodigio confirma mas á los que estaban convertidos, y hace convertir á otros de nuevo [1]. Y á pesar de cuantas amenazas y rigores se practican, todos los testigos, siempre firmes y siempre imperturbables, sostienen con el mismo vigor sus testimonios, sin que jamas ninguno se haya desmentido.

Despues para obedecer á su Maestro, que les mandó publicar su Evangelio á todas las naciones... Cuando el padre llegó aquí, sonó la campana, y segun su costumbre se puso en pie presuroso para ir al coro. El se fué, Teodoro; pero se fué sin que yo pudiera ni levantarme para responder á su llamado, ni decirle una palabra sola: yo quedé como

[1] Act. Apost. V, 18.

inmóvil, como enajenado y fuera de mí. ¿Cómo podré pintar la situación de mi alma? Yo estaba como si me hallara de repente en una region nueva y sombrosa de que no habia tenido la menor noticia: yo me hallaba atolondrado, aturrido, como abrumado con el peso de una enorme losa que me angustiaba el pecho y que no podia sacudir.

¿Cuántos eran los objetos de mis reflexiones! ¿cuántos los motivos de mi asombro! ¿De dónde habia sacado el padre tantas pruebas, tan claras y convincentes? ¿cómo los filósofos que tanto impugnan la religión, no hacen mención ni se hacen junas cargo de tantos y tan graves hechos, los cuales por sí mismos manifiestan la impotencia? ¿cómo yo mismo que he leído tantos libros, que pasaba por erudito y aplicado, nunca he encontrado en mi camino nada que me haya podido dar estas noticias ni excitar estas reflexiones? Yo me creía sabio, y á vista de este padre soy un niño. Yo creía á los filósofos como los primeros ingenios del mundo, y en sus libros se les todo, menos lo que importa saber, ó lo que se sabe, y yo estaba engañado, ó lo saben y lo callan, y en este caso no proceden de buena fe.

Porque habemos claro: los discursos del padre son justos, exactos y naturales. No es posible encontrarles vicio ni defecto, y las consecuencias son legítimas de hechos constantes, indubitables y conocidos; no es posible disimularse ni la seguridad de sus principios ni la estrecha unión y cadena de todos sus discursos; no hay donde morder en todo lo que ha dicho. ¿Seria posible que hubiese una verdad de esta importancia que fuese conocida de estos hombres oscuros y vulgares, y que quedase escondida á los mas ilustres y penetrantes ingenios de la tierra? ¿Seria posible que ellos fueran los sabios y nosotros los ignorantes? ¿Seria posible... Y echaba una ojeada sobre todas las consecuencias.

Basta idea me hacia estremecer; yo quería apartarla de mí porque me contrastaba; pero se me volvió á presentar aquel cuadro de pruebas tan ordenado y tan unido, que no debia resquebrajar para penetrarle. Yo conocia bien que todo esto me era nuevo, que mi espíritu no estaba familiarizado con aquellas ideas, y que pudiera ser que viéndolas despues y de mas cerca, pudiese encontrarlas su parte débil; pero no podia dejar de confesar que á la primera vista me habian parecido terribles, inexpugnables y victoriosas, y que por lo mismo merecia mucho estudio y mucho examen.

Luchaba con mis propios pensamientos. Bien veía que no podia satisfacer las reflexiones del padre; pero echaba un momento la vista sobre el objeto en sí mismo, separándole de todos aquellos raciocinios, y entonces mi espíritu se soseaba, y decía entre mí ¡un Dios muerto! ¡un Dios resucitado! esto es imposible; solo un visionario puede creer un tal absurdo. El padre lo prueba á supechoa probarlo; pero todo se prueba en el mundo, ¡y el que ha estudiado la materia y ha aprendido su texto ó su sermón, puede sorprender al que lo escucha desprevenido! El padre ha podido dar una apariencia de verdad á lo que es de su naturaleza tan increíble; pero como podré responder á las dificultades que lo puedo presentar? La elocuencia y el ingenio pueden fascinar y dar bulto á lo que tiene realidad, pero cuando se aparta la verdad en el crisol del examen, es preciso que se deshaga todo lo que no es sólido.

En estas agitaciones pasé la noche, y el único partido que tomé, fué aplicarme á recoger en mi espíritu todas las objeciones que me pudieran ocurrir, para presentarlas, espe-

rando que no las podría resolver y que yo hallaría en la discusión los medios de conocer la parte débil de todos sus dis-

ursos. Lo que pasó en la conversación del otro día será el objeto de mi primera carta. Adios, Teodoro.

CARTA IX.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío. Yo había pasado toda la noche menos ocupado en hacerme cargo de las razones del padre para penetrar toda su fuerza, que en juntar objeciones para combatirlas. Me parecía vergonzoso que un pobre eclesiástico que yo había creído ignorante y vulgar como los otros, pudiese vencerme en esta lucha, y así me armé de cuantas reflexiones me suministraron mi razón y mi lectura. Las creí insolubles, y me decía: pues el padre ha podido sorprenderme con la novedad de sus razones, yo lo estrecharé con la fuerza de las mías. Si yo no puedo responder á sus dificultades, tampoco podrá responder á las que voy á proponerle, y quedaremos iguales. Con esta disposición, luego que llegó comenzó nuestra conferencia. Para evitar las repeticiones dividí mis réplicas con rayas, y el contexto te hará reconocer al interlocutor.

Yo di principio de este modo: Ya visteis que ayer os escuché con atención, y os confieso que me habéis sorprendido y embarasado. Me habéis dicho muchas cosas muy fuertes y nuevas para mí que no han dejado de hacerme grande impresión. Reconozco que no es posible considerarlas atentamente sin sentirse como casi necesitado á rendirse, y que los que se fundan en las pruebas que me habéis expuesto, no son tan insensatos como yo pensaba, porque no es posible revestir mejor con el semblante de la verdad y de la razón un sistema que por sí mismo presenta el de la contradicción. Creo también que será menester talento y estudio para despojarlo de las especiosas que le habéis dado y reducirle á su figura natural.

Pero después de haberos confesado con sinceridad el defecto que me ha producido, permitidme que os pregunte: ¿Cómo un hombre de la instrucción y talentos que mostráis, puede permitirse é intentar persuadirme seriamente tanto agregado de absurdos y contradicciones?

Considerad cuántas imposibilidades contiene y supone el hecho solo de la resurrección de Jesucristo ¡qué conjunto de cosas tan absurdas como contradictorias! ¡qué Dios que se encarna, que sufre, que padece, que muere y se resuscita! ¿Puede esto caber en una razón sana y que no está trastornada por el ardor de un frenesí? Desde luego todo esto parece indecible é indigno de la sabiduría de Dios y de su Majestad. ¿Por ventura Dios necesita para obtener sus fines, valerse de medios tan ridiculos y que se parecen tanto á los humanos?

Resuscitarse á sí mismo es una contradicción manifiesta; resucitar á otros es un prodigio que no se puede concebir. Por sus esfuerzos que haga la razón, no puedo comprender cómo es posible que se pueda volver á animar un cuerpo, que se pueda restituir á su primera armonía una

máquina ya desorganizada, restablecer sus resortes y proporciones, y volver á unir dos sustancias que las leyes naturales habían separado.

Y si esto no se puede concebir, ¿qué será resuscitarse á sí mismo? ¿salir del sepulcro por su propio poder, abrir los ojos á la luz, cuando la muerte se los ha cerrado? en fin, volver por sí mismo y empezar á existir de nuevo cuando ya se ha perdido la existencia, ¿no es este un prodigio que no se concibe sino como un imposible? Si os dijera que un ente ha salido por sí mismo de la nada, vos me responderíais con razón, que esto es imposible y que implica contradicción, que la nada y el sér están en una distancia infinita, que la nada no puede hacer nada, y menos darse ella el sér; yo os digo lo mismo. La muerte es la nada de la vida, y es tan imposible que un muerto que no tiene vida se la dé á sí mismo, como lo es que un ente que no existe se dé el sér á sí propio.

A vista de esta demostración palpable, ¿qué fuerza me pueden hacer todas las pruebas que los ingenios acumulan contra ella? cuando á las que me habéis alegado ayer añadierais otras infinitas, quedaríais embarasado; pero todas debían ceder á la evidencia de estas ideas.

El padre me respondió: ¿qué, señor? Yo os he probado ayer con pruebas evidentes y positivas, que Jesucristo resucitó, y en vez de proponerme razones que destruyan la fuerza y la verdad de estas pruebas, venid á exponerme imposibilidades vagas, que no son mas que imaginarias. Yo os he demostrado la resurrección y vos me respondeis por toda razón que es imposible. Para combármelo, era menester probarme que mis pruebas son ó falsas ó débiles; pero mientras vos las dejáis en toda su fuerza, yo tengo derecho de decir: yo os he probado la existencia de la resurrección y estoy en regla, porque del acto prueba la potencia. Mi raciocinio es este: pues Jesucristo resucitó, pudo resucitar; vos hacéis el inverso; Jesucristo no ha resucitado, porque esto es imposible. Yo os pregunto: ¿qué de los dos es conforme mas á la sana lógica?

Yo pudiera pues contentarme con esta respuesta, y á cada una de vuestras objeciones ó imposibilidades responder simplemente: está probado. Vos me diréis: esto es digno de Dios; yo: no ciertamente, pues que lo ha hecho; Dios no puede hacer nada indigno, sin dudar vos os engañáis. Esto es contradictorio. No, pues es evidente que ha sucedido; y mientras no destruyérais las pruebas en que me fundo, pudiera fácilmente y con una palabra deshacer vuestras objeciones.

Con todo, vamos á examinarlas. Decid que el hecho es extraordinario, incomprendible: ¿Quién lo duda? Acaso es

el mayor de los que se pueden imaginar. Es verdad; pero está probado, pero no se puede dejar de creerlo. ¿Podéis decir que sea superior al poder divino? Esto sería temerario; porque ¿quién puede atreverse á marcar los términos de la omnipotencia?

Pero es contradictorio. ¿Qué hombre tiene la inteligencia necesaria para distinguir los límites de la posibilidad? ¿y quién tampoco me podrá asegurar que hay en ello contradicción? ¿Qué es resucitar á un muerto? Volver á dar la vida. El que hizo al hombre, el que le dió la vida, el que se la quita cuando quiere, ¿no podrá dársela una segunda vez y mil, cuando lo tiene á bien su providencia?

¿Pero resucitarse á sí mismo? ¿resucitarse cuando ya separada la alma del cuerpo, no puede ella tener influencia sobre él...? ¿Y quién ha dicho que el alma de Jesucristo resucitó su cuerpo? El que resucitó á Lázaro, el que resucitará á todos los hombres, Dios, en fin, fué el que lo resucitó.

Pero esto es indecente é indigno de Dios. Mucha temeridad sería decir esto después que se ha probado que Dios lo ha hecho. ¿Pero en qué se opone este tan estúpido y superior milagro á las divinas perfecciones? ¿Cómo ó por qué se opone su realidad á la justicia, á la santidad, la sabiduría, la misericordia, la bondad ó la veracidad de Dios? ¿Y qué, un milagro que prueba la divinidad de Jesucristo y la verdad de la religión cristiana, es parece espertuño ó indigno de la majestad de Dios?

¡Ay, señor! si conoceráis bien la religión cristiana, si supierais por ella cuánto es el amor de Dios para los hombres, la bondad con que desde la creación los prometió un Redentor, que debía ser su único hijo, la atención con que preparó su venida, el cuidado con que separó de todos á un pueblo, para que de él se formase el que hoy le adora por Jesucristo, no extrañaríais que fuese un milagro que debía ser tan glorioso á su hijo y tan útil á los cristianos, pues es el que mas ha servido á establecer su fe, y es hoy mismo el que mas lo consuela con la esperanza de su felicidad.

Esto no es del momento; me basta decirlo por ahora, que no hay en la resurrección las contradicciones que aparenta; que lejos de haber indecencias, que se ven mas que pruebas de la bondad divina, que ha querido dejar á los hombres medios fáciles y evidentes de reconocer la verdadera religión. Y aun cuando hubiera cosas que nos parecieran contradictorias ó indecentes, nos deberíamos someter; porque por un lado está demostrada su verdad, y por otro debemos reconocer que nuestra razón es limitada, que nuestra sabiduría no es la de Dios, que nosotros podemos engañarnos, que lo que nos parece imposible no lo es para Dios, que lo que nos puede parecer contradictorio puede no serlo, y ciertamente no lo es, cuando pruebas irresistibles nos han demostrado su realidad; en fin, que no podemos ser responsables de no entender los misterios que no alcanzamos, pero que lo seremos mucho si despreciando las luces que Dios nos envía y poniendo una injusta y nimia confianza en las conjeturas de nuestra razón, nos dejamos seducir del amor propio y no abandonamos el error de sus opiniones.

Ya os entiendo, padre, le repliqué; me baldois que después de haberme probado la resurrección con pruebas positivas, yo me contento con producir reflexiones vagas

y generales: tenia razón; yo sé que este método es defectuoso, que todas las argumentaciones negativas no pueden destruir una afirmación suficientemente probada, y para combatir es indispensable atacar y deshacer las pruebas en que se funda; y pues parece que me desahya en este empeño, voy á tomarlo, y veremos si en esta parte son mas felices mis esfuerzos.

Vos no tenéis mas fundamento para creer la resurrección sino que el cuerpo después de enterrado no volvió á parecer, no se pudo encontrar. Esta es la base en que los discípulos fundaron la relación de que se les había aparecido. ¿Pero por qué esta relación no la podría ser una fábula? ¿quién puede asegurarme que ellos mismos no la robaron? No me olvido de lo que me habéis dicho: confieso que atendida la calidad de los mismos, su dispersión, su experimentado carácter de timidez, la guardia que los observaba y todas las demás circunstancias del suceso, es muy difícil concebir que se hayan atrevido, y menos que hayan logrado una empresa tan difícil y tan superior á sus fuerzas; comprendo todas las dificultades de esta suposición.

Pero después de todo, aquí se trata de un hecho mas extraordinario y mas lleno de dificultades que las que puede tener la suposición misma; es nada menos que un muerto que se resuscita á sí mismo; y esto es mil veces mas difícil de creer, que no el que sus discípulos le pudiesen robar. Cuando yo me veo en el conflicto de dos extremos, es natural que mi razón se incline al partido que presenta menos dificultades, y que me diga: Parece en efecto imposible que estos pobres hombres tuviesen medios ni fuerzas para esta empresa; pero el cuerpo no parece y él ha salido de algun modo.

Puede ser que estos hombres encontrasen medios que yo ignoro; puede ser, por ejemplo, que pudiesen embriagar los guardias, que los pudiesen corromper. Esto no es verosímil, no es probable, pero no es físicamente imposible, como lo es que un muerto se resucite y salga por sí mismo de su tumba; y en este caso ¿quién puede decir de determinarse por aquel partido?

Por otra parte, los guardias han dicho que se durmieron y que los discípulos se aprovecharon de su sueño para robarle. Ve aquí un rayo de luz que me empieza á manifestar el modo con que la cosa ha podido suceder. Bien sé que si dormían no lo podían ver; pero quizás fingieron que dormían, y quizás sobornados afectaron el sueño para dejar hacer, y luego dieron á los magistrados que dormían para disculparse. Puede ser esto, pueden ser otras mil cosas; y cualquiera que se diga, será mismo increíble que la resurrección de un muerto.

Venid ya pues sin embaraso, y toda la ventaja está por mí. Si los apóstoles me alegan la imposibilidad del robo, yo les manifiesto la posibilidad: si ellos son los testigos de la resurrección, yo les manifiesto los misterios que el interés de discurrir y alegar el sueño, aquellos tienen el interés de su amor propio y la gloria de su Maestro; si los primeros dicen cosas absurdas, indignas de cronistas, esto dicen cosas naturales y posibles. Así, testigos por testigos, estoy por ellos y decido que yo y presento un medio que puede destruir los hechos sin recurrir á milagros tan fuera de creencia, me basta proponerlos para destruirlos.

Yo creía, señor, haberos dicho lo bastante para haceros